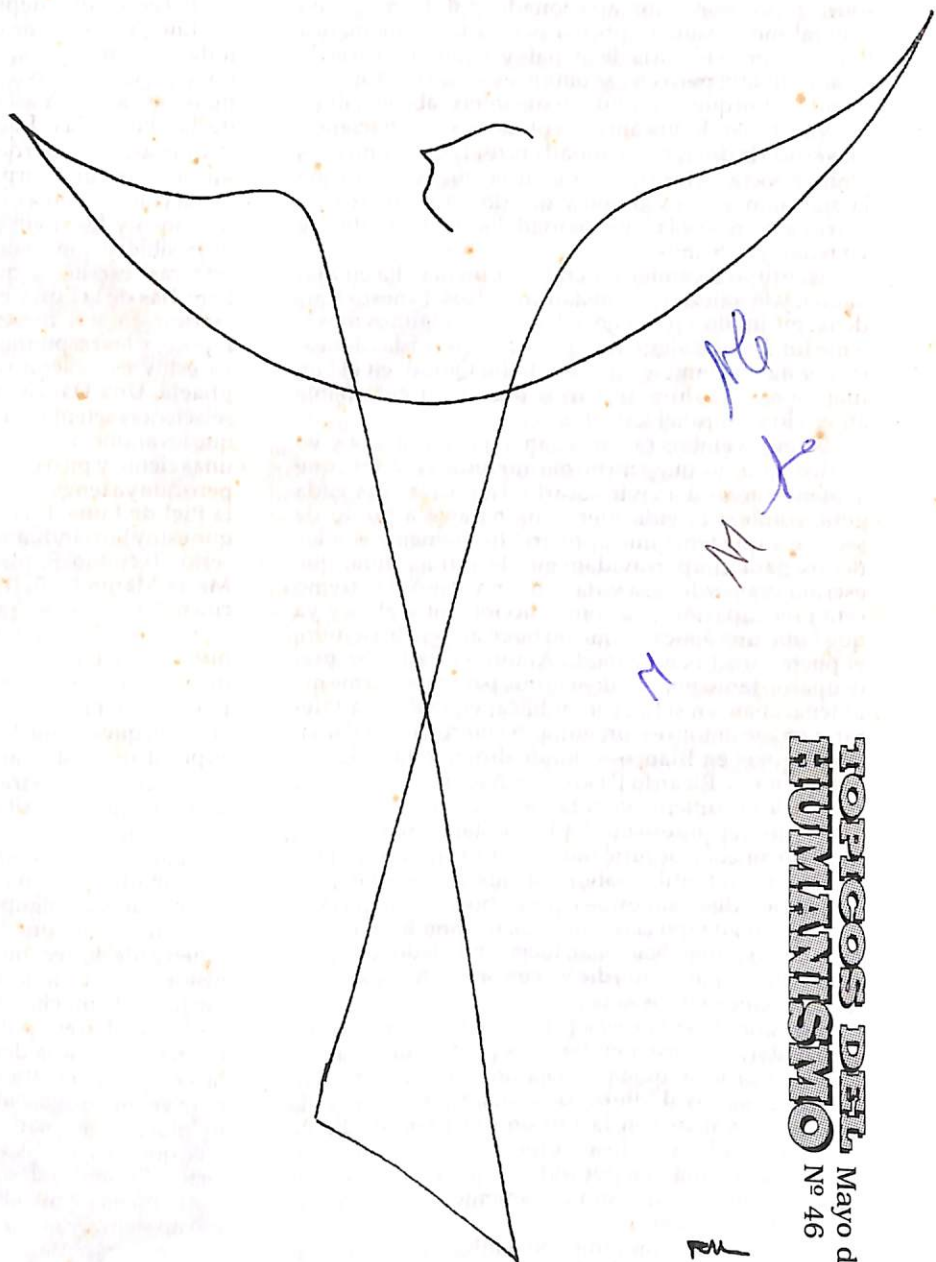


46 MEN 674



M
M
M

RM

TOPICOS DE LA
HUMANISMO
Mayo de 1999
Nº 46

EDUCACION VS. DOMESTICACION

Lic. Idalía Alpízar Jiménez

Una educación sin valores, no podría ser una verdadera educación, de ahí que la educación por sí sola es considerada un valor. Todo sistema educativo pretende contribuir a que los alumnos clarifiquen y formulen sus propios valores y aquellos que la sociedad necesita para su progreso. En ese sentido, cuando no se procura la búsqueda de valores no hay educación.

Tener valores es haber reflexionado sobre las cosas positivas de la vida, haber establecido por cuáles luchar y tener principios que orienten la vida. De ahí que los valores desempeñan un papel en el proceso perfecto humano; y si bien la educación ha sido considerada como un valor no se justifica la educación como conducción a ellos.

Para comprender mejor la importancia de los valores dentro de la formación humanística es importante tener en cuenta la tipología de valores que algunos autores hacen:

- Los valores culturales que incluyen lo que es patriotismo, civismo y lo autóctono.
- Valores éticos-morales que consideran honradez, fidelidad, profesionalismo.
- Los valores humanos que contemplan trabajo, respeto a la dignidad humana, disciplina, realización personal, entre otros.
- También están los valores sociales que tienen que ver con la democracia, justicia, vida familiar, tiempo, solidaridad, paz.
- Y por último los valores religiosos.

Realmente esta clasificación es flexible, ya que por ejemplo podría incluirse el valor ecológico en el sentido más amplio de la palabra; o fundirse algunos en una sola categoría como son los sociales y los culturales.

Hay muchos de esos valores que aparentan haber entrado en crisis, sin embargo, para algunos estudiosos lo que se ha llamado crisis de valores es más una situación de cambio que la desaparición de valores, y donde a pesar de ese cambio hay valores que permanecen.

Los valores, en esencia son bienes culturales, depósito ancestral, sedimento de procesos de aculturación, que chocan o son aceptados por formas nuevas de la vida, representados por los seres en desarrollo.

La más apreciada de las culturas, objetivamente considerada puede resbalar sobre la endurecida epidermis del educando, que se resiste a aceptar lo que se le trasmite; por consiguiente, sólo el adecuado tratamiento y la preparación respetuosa pueden predisponer a las nuevas generaciones para enriquecerse con los bienes y valores culturales.

Surge el siguiente interrogante: ¿de qué modo debe de actuar el educador para acercarse al educando a los valores? El camino de la imposición— adoctrinamiento no es el mejor. Los valores han de ser advertidos como tales por el educando para que se adhiera a ellos libremente.

A este respecto vale la pena preguntarse si es legítimo que el educador manifieste y propague sus valores. De hacerse esto se estaría distorsionando el verdadero sentido de una formación humanística fundamentada en valores. De ahí que es común que suceda que en una relación alumno-profesor no siempre se dé un proceso de enseñanza-aprendizaje, por cuanto hay muchas actividades que lejos de beneficiar al alumno más bien lo perjudican.

Ante una situación como ésta nos encontramos que el proceso de enseñanza más que educación es domesticación, lo que conduce a la deshumanización. A este respecto vale la pena recordar la frase de Ortega y Gasset: «una actitud así resulta más perjudicial para el ser humano que para el animal, ya que por ejemplo a un tigre no se puede destigrar, pero al ser humano sí se puede deshumanizar».

En este sentido, surge la siguiente interrogante: ¿si la forma como me relaciono con mis alumnos contribuye a la formación humanística o si sucede lo contrario?

Muchos procesos de educación, lejos de estimular el desarrollo moral, físico, intelectual, psicológico y social más bien lo dificulta, ya que la domesticación—sumisión los conduce a obedecer sin razonar, repetir sin creer ni entender, aceptar sin analizar.

Esa domesticación procede cuando se hace que los alumnos estudien lo que no les gusta ni interesa, cuando se les obliga a participar muchas veces en actos públicos o celebraciones superficiales que lo que hacen más bien es fomentar una actitud acrítica y pasiva y un patriotismo falso y superficial que niega toda posibilidad de formación humanística.

Sucede así que en vez de liberarlos de prejuicios o actitudes que retrasan su creatividad, imaginación e iniciativa más bien se les somete a condiciones que lo obstaculizan.

Al utilizar la educación para socializar se condiciona al individuo para que se amolde a la sociedad y la acepte pasivamente en vez de prepararlo para rectificarla y transformarla.

Por esta razón se considera oportuno que todo proceso educativo considere la diferencia entre valores que son patrimonio común de la humanidad en nuestra época histórica y los que son públicamente discutibles.

Una nueva concepción de la vida produce una nueva escala de valores, y esto es trascendental considerar si partimos del supuesto de que una de las fuentes de conflicto en la formación del estudiante y la estudiante es el choque entre la escala de valores de él y la del educador, educadora, que en última instancia resultan ser diferentes.

Por lo tanto, no se trata de encauzar una formación humanística sobre la base de los valores, sino de saber proceder a hacerlo. Así por ejemplo, si se pretende inculcar valores patrióticos, no se trata de inculcarles deformaciones históricas que más bien deshumaniza, sobre todo si lo que se busca es la apegación aferrada más a mitos que a valores con lo que se cae en una simple domesticación y manipulación.

Y que a propósito, la manipulación axiológica es quizá la más fuerte; la que trastrueca la escala tradicionalmente considerada estable o inmutable de valores; masifica a los seres humanos evitándoles la molestia de tener que pensar, porque otros confeccionan credos y slogans en su lugar. Es una manipulación que atenta contra la dignidad y la libertad del hombre.

Esa manipulación axiológica ocurre cuando sin el permiso del educando se contagia los valores, actitudes, prejuicios, estereotipos. Es una forma de interrumpir la espontaneidad y la libre iniciativa.

Los campos de mayor manipulación suele ser el cívico, político, religioso y moral; y por ende son las instituciones religiosas, educativas y familiares las que más contribuyen a imponer determinada escala de valores, que antes que responder a la formación humanística más bien la desvirtúan.

De esta forma, debe de proponerse una proyección de valores que evite la servidumbre y la atadura, que potencie las posibilidades del educando y oriente al alumno a los valores dignos del ser humano, donde se les prepare para su autorrealización y libertad.

Esa proyección de valores debe de estar orientada a superar los condicionamientos que empobrecen al ser humano, tales como la ignorancia, la estrecha visión de mundo y la socialización que entorpece la convivencia pacífica.

Debe de ser un proceso de formación humanística fundamentada en valores que predispongan a la aceptación de los demás, el respeto ajeno y la necesidad de coexistencia y convivencia, el desarrollo de un pensamiento crítico y de una actitud renovada.

Deben de ser valores que más que determinar la forma de actuar, aporte las herramientas que definan sus decisiones, más que someter conduzca a la libertad de pensamiento y de expresión.

